IHS

65
AÑOS

Universidad Rafael Landívar
Identidad Jesuita en Guatemala

DISCURSO DOCTORADO HONORIS CAUSA EN HUMANIDADES

Dra. Guillermina Herrera Peña

Dra. Guillermina Herrera Peña

DOCTORADO HONORIS CAUSA EN HUMANIDADES

Guatemala, octubre de 2026

Estimado Sr. Rector de la Universidad Rafael Landívar, P. Miquel Cortés; respetados miembros del consejo directivo y autoridades universitarias; colegas de la academia, amigos. Gracias a todos por acompañarme en este momento tan especial en el que recibo con el mayor agradecimiento el Doctorado *honoris causa* en Humanidades de parte de mi *alma mater.*

Para mayor fortuna, la ocasión coincide con la celebración del sexagésimo quinto aniversario de fundación de la Universidad, de modo que para mí el acto se reviste de una muy particular solemnidad.

Como ya se ha leído en mi *currículum* vitae pertenezco a la quinta promoción de estudiantes de nuestra querida Landívar. En aquellos tiempos, la reciente fundación de la institución permitía que estuvieran presentes en la vida académica y social de los landivarianos componentes de la identidad relativos a los cimientos y el legado educativo que la institución había recibido del antiguo Colegio San Lucas, fundado por la Compañía de Jesús en el siglo XVII en la entonces Santiago de Guatemala.

De hecho, el Colegio San Lucas se había inaugurado formalmente el 18 de octubre de 1607 y la Universidad quedó establecida de manera oficial el 18 de octubre de 1961, cuando se firmó el protocolo de creación en una sesión solemne llevada a cabo en la histórica Casa Yurrita, en Ciudad de Guatemala. El día 18 de octubre ha sido, pues, un día especialmente memorable: conecta explícitamente las dos instituciones de la Compañía de Jesús dedicadas a los estudios superiores de la juventud guatemalteca desde los valores del carisma ignaciano.

Se sabe que el Colegio San Lucas escogió el día 18 de octubre tanto porque coincidía con la festividad litúrgica de San Lucas Evangelista, como por agradecimiento de los jesuitas fundadores al chantre de la Catedral, Lucas Hurtado de Mendoza, quien había sido el promotor de su llegada a la ciudad.

En el caso de la Universidad, la institución fue fundada cuando la Compañía de Jesús pudo regresar al país, después de una larga y forzada ausencia. Nació como parte de un proyecto centroamericano y tomó el nombre de Rafael Landívar, quien había formado parte del equipo de profesores del Colegio San Lucas y goza de especial consideración entre los autores de la Escuela Universalista Española del siglo XVIII por *Rusticatio Mexicana,* obra señalada de la poesía neoclásica que inicialmente fue publicada en Módena en 1781, y en Bolonia un año después.

En gran medida, la obra de Landívar fue fruto de la pérdida y del destierro, aunque, como procuraré recordar en esta ocasión, su alcance y magnitud trascienden estas dimensiones emocionales.

Sobre la pérdida simultánea de múltiples pilares de su vida, que lo obligaron a reconstruirse en tierras ajenas, recordamos que el 1 de julio de 1767, los veinte jesuitas del Colegio San Lucas, entre quienes se contaba él, fueron expulsados de Guatemala en cumplimiento de la *Pragmática sanción* del rey Carlos III. Por medio de los registros históricos y de embarque, se conservan los nombres de los religiosos que formaban aquel contingente.

Al igual que todos los miembros de la Compañía de Jesús, fueron expulsados de los dominios españoles y tuvieron que enfrentar el doloroso desarraigo, la dispersión de su comunidad y el posterior viaje forzado hacia Italia u otros destinos europeos difícilmente accesibles para ellos por conflictos e intereses geopolíticos y por la aplicación práctica de la Razón de Estado que habían asumido las monarquías absolutistas y el despotismo ilustrado del siglo XVIII.

Hoy que festejamos un aniversario más de nuestra casa de estudios y nos congratulamos por su trayectoria académica y proyección a Guatemala, me ha parecido oportuno recordar a Landívar, nuestro insigne poeta y sacerdote nacido

en Santiago de Guatemala, como el más célebre profesor del grupo que salió del Colegio San Lucas. En el destierro llevó a cabo una labor profundamente humanista junto con sus compañeros expatriados. Personalmente, siento una particular conexión con sus aportes y los de la diáspora jesuita del siglo XVIII y me complazco en hacer memoria de ellos en esta privilegiada ocasión.

Regresando a la historia de los expatriados del Colegio San Lucas, hubo también, entre ellos, famosos profesores, como el P. Miguel Gutiérrez. Sobre las clases de filosofía de este erudito catedrático, cuyos manuscritos rescató y paleografió el P. Antonio Gallo, escribí mi tesis de licenciatura en Letras y Filosofía, la cual titulé *Pensamiento estético del siglo XVIII en Antigua Guatemala*. Mi asesor fue, justamente, el P. Gallo. El trabajo buscó demostrar la madurez de apreciación artística y pensamiento abstracto en Santiago de Guatemala, a partir del análisis de los manuscritos del P. Miguel Gutiérrez.

De este modo, pude vincular la tradición teológica y el enfoque intelectual de la Compañía de Jesús con el arte barroco de la época y su transición al neoclásico, lo cual resultó especialmente aplicable a la riqueza de la arquitectura y de la ornamentación arquitectónica.

Descubriendo las lecciones manuscritas del P. Gutiérrez en las que abordaba conceptos sobre la materia, la forma, el orden natural y la belleza del cosmos, e interpretando de manera más informada el entorno en el que se desenvolvió, pude vislumbrar cómo se erigía el Colegio San Lucas en el centro de un auténtico hervidero de ideas, que contagiaba la ciudad de particular atmósfera intelectual.

Me acerqué a Rafael Landívar también gracias a mis catedráticos de la Facultad de Humanidades. Pero debo la comprensión de su extraordinario legado al P. Carmelo Sáenz de Santa María, jesuita historiador y sabio conocedor de los cronistas de Indias, quien me ayudó a dimensionar el valor de Rusticatio Mexicana, así como a desentrañar las intenciones del autor, a darme cuenta del contexto en el que escribió la obra y a asimilar su esencia.

El P. Santa María, como lo llamábamos, aunque no fuera mi profesor en el aula, disfrutaba de largas e interesantes conversaciones con los jóvenes universitarios. Tuve la fortuna de participar frecuentemente en aquellos amenos

encuentros que, entre otras cosas, me llevaron al largo poema de Landívar, escrito en más de cinco mil hexámetros latinos y traducido a veces como Por los campos de México u Ocio en los campos de México, que sigue, como obra neoclásica, la tradición bucólica y didáctica de las Geórgicas de Virgilio, pero introduce el paisaje natural, humano y social americano.

A diferencia de Recordación Florida de Fuentes y Guzmán o de la Historia natural del reino de Guatemala de fray Francisco Ximénez, obras previas que también habían descrito la naturaleza y producción locales, Rusticatio Mexicana va mucho más allá y se detiene en la exaltación del hombre americano, su destreza, su ingenio y su disciplina, particularmente en la agricultura y en la industria. Lo presenta, dignificado, como la fuerza constructora del continente.

Rusticatio Mexicana es, fundamentalmente, una defensa del Nuevo Mundo y sus pobladores frente a los prejuicios y propaganda antiamericana de la Ilustración del siglo XVIII.

Efectivamente, Landívar utilizó un impecable latín clásico y el dominio de la poesía geórgica para refutar los mitos eurocéntricos de aquellos tiempos que denigraban la naturaleza, el clima y la identidad del hombre americano y proclamaban la llamada degeneración del continente y de los nacidos en este. El canto landivariano funciona como un manifiesto estético que legitima y enaltece el orgullo de nuestra América y de nuestra condición de americanos.

De esta manera, encontramos que describió la exuberancia, fuerza y utilidad de la flora y fauna de la región mesoamericana y que, frente al mito de una naturaleza débil, retrató la imponente geografía del continente. Asimismo, que dedicó secciones enteras a demostrar que el nacido en América poseía un ingenio técnico y capacidad y destrezas iguales o superiores a los nacidos en otras latitudes.

Ahora bien, acercarme al dinamismo académico de nuestro poeta; a su vitalidad intelectual, que resalta la fuerza y el impacto de su pensamiento, y al papel vanguardista que desempeñó en favor de nuestra identidad, me condujo directamente a explorar la obra de sus compañeros jesuitas de la diáspora dieciochesca, o sea, de aquel grupo de intelectuales criollos forzadamente expatriados.

Desde Europa, estos pensadores protagonizaron la célebre Disputa del Nuevo Mundo, un choque de posturas que contribuyó a modelar profundamente la forma en que se escribiría la historia y la antropología modernas, por medio de un conjunto extraordinario de escritos, entre obras enciclopédicas, históricas, científicas y poéticas, como Rusticatio Mexicana, destinado a defender la riqueza y la humanidad de América.

Algunos de los nombres más destacados e influyentes de este grupo de intelectuales jesuitas son:

El P. Juan Pablo Viscardo y Guzmán, del Virreinato de Perú, quien fue, tal vez, la figura política más radical de la diáspora. En 1791, redactó la famosa Carta a los españoles americanos, un documento contra los absolutismos que fue clave para los posteriores procesos independentistas.

El P. Juan de Velasco, de la Real Audiencia de Quito, quien se considera el primer historiador nacional de Ecuador. Escribió en su destierro la *Historia del Reino de Quito* (1789), donde rescató el pasado preincaico y describió detalladamente la geografía y las riquezas naturales de su tierra de origen.

El P. Juan Ignacio Molina, de la Capitanía General de Chile, quien fue un humanista y naturalista de gran prestigio. Entre sus obras destaca *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile* (1776), que se convirtió en un referente de la ciencia de la época, sobre todo por utilizar una metodología rigurosa y demostrar el vigor biológico y climático del suelo americano.

El P. Francisco Javier Alegre, veracruzano del Virreinato de Nueva España, quien fue un destacado historiador, filólogo y traductor. En Italia concluyó su *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España* y realizó brillantes traducciones de clásicos como la Ilíada de Homero.

El P. Francisco Javier Clavijero, también novohispano y uno de los eruditos más brillantes. En Italia escribió la Historia antigua de México (1780), obra monumental en la que rescató, sistematizó y enalteció el esplendor de las civilizaciones prehispánicas y combatió decididamente las tesis sobre la inferioridad del indígena.

Y, aquí quisiera detenerme, porque justamente el P. Clavijero, principal defensor de la historia, la cultura y la dignidad de los pueblos originarios del Nuevo Mundo, cuyos

escritos revolucionaron la historiografía americana, me sirvió de inspiración en mi trabajo como lingüista, sobre todo, en mi acercamiento a las lenguas mayas de Guatemala y a sus comunidades de hablantes.

¡Cómo no admirar la obra del P. Clavijero!

Desmontó sistemáticamente las teorías racistas, defendió con vehemencia la capacidad intelectual y moral de los indígenas americanos. Demostró que las civilizaciones prehispánicas habían desarrollado sistemas políticos complejos, conocimientos astronómicos avanzados y una gran sensibilidad artística. Asimismo, la existencia de un complejo orden jurídico, un sistema fiscal eficiente, escuelas públicas organizadas (como el Calmécac de los mexicas) y un calendario astronómico sumamente preciso.

Utilizó un método histórico riguroso, consultó códices prehispánicos, analizó fuentes indígenas directas y rescató la tradición oral para dar veracidad a su relato sobre los pueblos del Valle de México, especialmente sobre los mexicas.

Como hablante y estudioso del náhuatl, realizó un análisis lingüístico y filosófico avanzado en el que demostró que este idioma era una poderosa ventana a la cosmovisión del mundo mesoamericano. Una lengua que reflejaba cómo sus hablantes entendían el mundo; que revelaba la íntima conexión del ser humano con la naturaleza, así como la estructura social comunitaria donde el individuo se definía por medio de sus lazos con los demás y la comunidad estaba por encima del éxito individual.

Mostró también cómo el idioma revelaba un pensamiento dual, que no concebía el mundo en opuestos absolutos (bueno contra malo), sino en fuerzas complementarias que se necesitan mutuamente para mantener el equilibrio del universo. Asimismo, el concepto de tiempo y espacio, que siempre se entiende en ciclos de vida y muerte, luz y oscuridad, o frío y calor.

El P. Clavijero se detuvo en la presentación del sistema numérico complejo del náhuatl y a profundizar en términos sumamente precisos que posee el idioma para expresar conceptos metafísicos, éticos y morales abstractos.

Todo esto, aun cuando el P. Clavijero lo haya atribuido al náhuatl, nos resulta familiar, porque las lenguas mayas son, también, poderosas ventanas a la cosmovisión y

pensamiento mesoamericanos.

Indudablemente, la obra del P. Clavijero cimentó nuestra cultura en una historia memorable, rescató la grandeza del pasado prehispánico y la fundió con el presente americano. Sembró las bases ideológicas de nuestra identidad continental.

Aquella diáspora de jesuitas americanos funcionó como una verdadera cooperativa intelectual y una red de contención afectiva frente a la precariedad y el desarraigo. El P. Clavijero fundó en Bolonia una academia literaria informal conocida como la Casa de la Sabiduría, que fue un espacio en el que un grupo de aquellos eruditos, entre ellos nuestro P. Landívar, se reunía semanalmente para debatir sobre filosofía y ciencia, compartir lecturas y planificar su trabajo intelectual destinado, primordialmente, a escribir sobre América.

Es interesante saber que el riguroso enfoque descriptivo y monográfico que Landívar dio a *Rusticatio Mexicana* se nutrió de los debates científicos de este grupo. Son admirables las muchas producciones emanadas de los participantes de la Casa de la Sabiduría. Especialmente, porque la tarea que habían asumido era sumamente difícil, ya que, entre otras razones, les faltaban los documentos, muchos de los cuales les habían sido decomisados. Pero, para suplir, al menos en parte, esta necesitad, crearon una red ejemplar de ayuda mutua, por medio de la cual compartían crónicas, mapas o apuntes que habían podido rescatar pese a la precipitada salida de sus países.

En el arduo y valiente trabajo de los jesuitas de aquella diáspora se sitúa, entonces, *Rusticatio Mexicana,* que no es una excepción ni una producción en solitario, sino una obra integrada a un proyecto político e identitario de amplia trascendencia.

Ello imprime sentido especial al fragmento tan célebre, emotivo y contundente con el cual Rafael Landívar se dirige de forma directa a las nuevas generaciones. Este texto —conocido formalmente como la *Monitio o Dedicatoria a la juventud americana*— es una arenga patriótica e intelectual que sobrevive en el tiempo y en la cual se concentra la carga ideológica de la resistencia jesuita de aquellos tiempos memorables:

A ti, ¡oh juventud de la América amable!, que eres la esperanza de la patria, pongo en tus manos estas rústicas poesías... (Dice Landívar).

A ti te toca, juventud esclarecida, escudriñar los misterios de la naturaleza, desenterrar las riquezas escondidas de la tierra y dar un nuevo impulso a las artes y las ciencias. No te dejes vencer por el ocio, ni permitas que los prejuicios extranjeros te convenzan de que tu suelo es estéril o tu mente inferior. Mira la grandeza que te rodea y hazte digna de ella.

En primer lugar, en este bellísimo mensaje está, pues, la juventud como esperanza, como heredera legítima del porvenir del continente. A continuación, un mandato para los jóvenes: escudriñar los misterios de la naturaleza, no contemplarla pasivamente sino conocerla y aprovecharla para lograr el progreso autónomo y social.

Luego, el antídoto emocional y psicológico contra los prejuicios extranjeros, que la juventud debe rechazar no permitiendo que la subestimen, ni que minusvaloren su capacidad o la de su propia tierra. Y, por último, la ética del esfuerzo frente a la indiferencia, el derrotismo y el cinismo, los peores enemigos de la juventud, que no vienen de fuera sino del interior de la persona. Por supuesto, como conclusión, el consejo del trabajo riguroso, del estudio incansable y del desarrollo intelectual.

Para nuestra Universidad la *Dedicatoria a la juventud americana* es parte del legado de la diáspora jesuita del siglo XVIII, que, en medio de la persecución, quedó en la historia como un grupo de eruditos americanos que por medio de la voluntad y el conocimiento se transformaron de víctimas de las monarquías absolutistas en pioneros del sano nacionalismo. Su legado fue un cambio fundamental de narrativa sobre quiénes somos y qué podemos hacer.

Desde la óptica de esta herencia fundacional, interpreto el doctorado que me otorga generosamente la Universidad como un espaldarazo a las Humanidades, como un recordatorio a huir del desencanto y la falta de empatía, y a seguir apostando por el ser humano.

Muchas gracias por la distinción, por darme ánimos y por recordarme el sentido de nuestra vocación landivariana.

Muchas gracias.

Dra. Guillermina Herrera Peña

IHS